

**Discurso del Presidente Michael D. Higgins durante la Inauguración de la
Exposición “Los Irlandeses en América Latina”**

Palacio del Segundo Cabo, La Habana, Cuba

Jueves 16 de febrero de 2017

CHECK AGAINST DELIVERY

Es un placer inmenso para mí estar aquí, en el Palacio del Segundo Cabo. Tengo entendido que actualmente lo están renovando para crear un centro cultural y un museo enfocado al intercambio cultural entre Cuba y Europa.

Estoy sumamente complacido de estar aquí con ustedes el día de hoy, celebrando esta importante exposición que se enfoca en la contribución de hombres y mujeres irlandeses en América Latina del siglo XVII al siglo XX, incluyendo su papel en los movimientos independentistas y revolucionarios por toda la región. Es un logro extraordinario, reunir los diversos hilos de nuestra historia compartida de una forma que respeta las complejidades de esa historia, y la variedad de experiencias de las que se compone.

Iniciaré elogiando a Margaret Brehony, la curadora de esta exposición, que será presentada en su versión en español por toda Latinoamérica, y al Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio de Irlanda por hacerla posible.

El desarrollo del panorama político y económico de América Latina ha sido un viaje que atesoro en mi corazón, y uno del cual he tenido el privilegio de ser

testigo durante mi vida académica y política. He tenido el placer de visitar la región en dos ocasiones como Presidente de Irlanda, desde Chile en la punta sur, pasando por Argentina, Brasil, Costa Rica, El Salvador y México. Y ahora estoy muy contento de estar en esta visita a Cuba, Perú y Colombia, cuyas historias están marcadas por las contribuciones de los migrantes irlandeses. Por muchas razones ha sido un privilegio ser Presidente de Irlanda, tener la oportunidad de conocer los pueblos y los representantes electos de estos países y de dialogar con ellos sobre los asuntos bilaterales, regionales y globales que enfrentamos juntos.

Alrededor de nosotros, aquí en Cuba, están los recordatorios indelebles de los profundos y durables lazos históricos que unen dos islas, físicamente separadas por aproximadamente siete mil kilómetros. Inmortalizados en muchas de las calles de esta nación están los nombres de los muchos irlandeses que, a través de los siglos, hicieron de Latinoamérica su casa. Por ejemplo, pienso en Juan Duany, que viajó a Santiago de Cuba en el siglo XVII para ser parte de los trabajos de fortificación de la ciudad. El nombre Duany es ahora recordado eternamente en las calles y barrios de Santiago de Cuba, recordándonos a los muchos ciudadanos con ese nombre que, a través del siglo XVIII, fueron miembros del consejo y alcaldes del Ayuntamiento de la Ciudad. Pienso en el Hotel Palacio O'Farrill, llamado así en honor a la familia cuyo linaje puede ser rastreado hasta el condado de Longford. Pienso en la calle O'Reilly, llamada así en reconocimiento de los logros del General Alejandro O'Reilly, originario de Meath, quien organizó las fuerzas militares en esta isla, particularmente los batallones de pardos y morenos, y en las inspiradoras palabras de la placa en esta calle:

“Dos pueblos de isla en el mismo mar

de lucha y esperanza: Cuba e Irlanda”

El refrán de esta exposición, “Exilio”, nos provee un importante recordatorio de la positiva contribución del exilio irlandés a la historia mundial. Por lo que no hay duda del profundo papel que los hombres y mujeres irlandeses en el desarrollo de las repúblicas modernas e independientes que existen hoy en día en América Latina. Tampoco hay duda de la complejidad de este papel, y de la complicada naturaleza de la relación histórica entre Irlanda y América Latina; una que puede hacer crítico el desafío de embarcarse en la tarea de la conmemoración mientras se es consciente de la tensión entre los proyectos de la conmemoración y la disciplina de la historia.

De hecho, muchos de los exiliados irlandeses del siglo XVII, los *“Wild Geese”* como se les conocía, y sus descendientes – que han tenido una presencia significativa en las historias de España y América Latina durante los siglos XIX y XX – tuvieron actividades militares en nombre de los imperios que frecuentemente competían por las ventajas de la esclavitud y el trabajo de los pueblos indígenas.

Uno de los grandes méritos de esta exposición, sin embargo, es que proyecta luz en las experiencias menos conocidas de la migración irlandesa. Permite la celebración de la historia compartida entre Irlanda y América Latina, pero

críticamente, también recuerda el gran rango de experiencias de los migrantes irlandeses en Latinoamérica, reconociendo el significado de las diversas capas de nuestra historia en común.

En los siglos XVII y XVIII, hombres y mujeres irlandeses escaparon de una Irlanda devastada por la colonización británica, encontraron refugio en Francia, España y algunos otros países de Europa continental. Muchos florecieron, y fueron designados a prestigiosas posiciones como administradores coloniales u oficiales en los ejércitos imperiales.

Llegando al tiempo que los imperios iban en declive y surgía el impulso por la independencia nacional, algunos de estos irlandeses y sus descendientes han sido inmortalizados en los libros de historia de América Latina como jugadores clave en las luchas independentistas – hombres como el Almirante William Browne, padre de la Marina Argentina y el General Bernardo O'Higgins, Libertador de Chile. Ellos son figuras históricas con grandes logros, de los cuales estamos muy orgullosos en Irlanda y que representan la gran contribución de los irlandeses al desarrollo de la América Latina moderna. Es siempre muy conmovedor saber que son recordados anualmente en servicios ceremoniales como la graduación de oficiales navales en Argentina.

También debemos recordar, especialmente el día de hoy, que muchas historias destacan los efectos enriquecedores de la migración y la polinización cruzada de ideas que se generaron por ella. José Martí, quien era admirador del modernismo revolucionario de Walt Whitman, poeta y padre de la Independencia Cubana, se

puso en contacto con líderes irlandeses como Michael Davitt, O'Donovan Rossa y Charles Stewart Parnell durante su exilio en Nueva York y escribió sobre los paralelos entre las historias coloniales de Irlanda y Cuba. En ese entonces, por supuesto, Daniel O'Connell y Simón Bolívar compartían el título de "El Libertador" y de hecho, Daniel O'Connell envió a su propio hijo y a su sobrino a luchar en la legión irlandesa de Bolívar. Tampoco debemos nunca olvidar la férrea oposición de O'Connell a la esclavitud; un punto de vista que no siempre fue compartido por todos los irlandeses exiliados en América.

También podemos pensar en Roger Casement, cuyo revolucionario patriotismo estaba enraizado con derechos humanos y que despertó al ser testigo de la brutalidad del colonialismo en el Congo y en la región del Putumayo en América Latina. El distinguido escritor peruano y ganador del Premio Nobel, Mario Vargas Llosa, hizo que el mundo pusiera sus ojos en Casement con su libro *"El Sueño del Celta"*, traducido al inglés como *"The Dream of the Celt"*. Me complació mucho saber que se prepara la edición en español del libro *"Paisanos"* de Tim Fanning.

Pero hay otras historias menos conocidas, las narrativas que critican la historia compartida de Irlanda y Latinoamérica. El día de hoy, aquí, recordamos a los cientos de trabajadores irlandeses del ferrocarril que fueron traídos de Nueva York a Cuba en la mitad del siglo XIX como trabajadores forzados construyendo el ferrocarril Habana-Güines. Las condiciones en las que trabajaban eran brutales, y los intentos de escapar eran castigados con cárcel o ejecución. Eran trabajadores atractivos para el proyectos de "blanquear" a la población de la isla, con una mayoría de población negra como esclavos, pero la truculencia de los trabajadores

irlandeses y su insistencia en derechos laborales, que venía de un pasado de agitación por la tierra, o la exploración de la militancia de uniones de comercio en las estaciones costeras, rápidamente los hicieron sentir empatía con otros trabajadores bajo coerción, notablemente de las Islas Canarias, junto con los que estaban trabajando.

El costo del pasaje de estos hombres y mujeres irlandeses a Cuba, y las múltiples otras deudas que tenían como parte de la aceptación de este trabajo, significó que debían una gran cantidad de dinero antes de que si quiera hubieran comenzado a trabajar en el ferrocarril y que por consiguiente, no recibieran ningún salario por meses.

Cualquier revisión honesta de la influencia irlandesa en América Latina que pretenda estar completa debe reconocer que algunos exiliados irlandeses, incluso los que sufrieron el colonialismo en Irlanda, se convirtieron en agentes del colonialismo en la América Latina bajo el yugo español. Sabemos, que junto con esos trabajadores del ferrocarril explotados en Cuba, había familias de origen irlandés que operaban grandes plantaciones de azúcar en las que trabajaban esclavos. De hecho, el General español Leopoldo O'Donnell, descendiente de Hugh O'Donnell fue un acérrimo defensor de la esclavitud y uno de los más grandes dueños de esclavos africanos del mundo, y por lo tanto tiene una merecida infame reputación.

También debemos reconocer y recibir con gusto el dramático cambio en la alianza que se dio en espacio de una o dos generaciones, los hijos y los nietos de muchos

de los originales “wild geese” que tuvieron papeles clave en las campañas revolucionarios en contra del yugo español, que llevó al establecimiento de las republicas independientes de América Latina desde el inicio de 1800s y más adelante. La vida de Bernardo O’Higgins, por ejemplo, es una donde la valentía constante llevo más lejos que el legado de su padre, Ambrosio, que a su manera, trato de reformar a la población local.

Al tiempo que recordamos las profundas y poderosas raíces que conectan a Irlanda y a América Latina, también somos invitados, aquí en Cuba, a reflexionar sobre las similitudes que unen a nuestras naciones. Cuba e Irlanda han experimentado complejidades que van más allá de la lucha por la liberación y la independencia. Ambos pueblos han vivido a la sombra de un vecino poderoso, una sombra que han ensombrecido y privado de oportunidades a generaciones enteras. Entendemos la dimensión de una sombra así, el profundo legado que deja en una nación, incluso cuando logra salir de la oscuridad de la opresión y comienza a verse el futuro con optimismo y esperanza, así como lo ve Cuba ahorita.

En la Cuba de principios del siglo XIX, la expansión comercial y el desarrollo de la producción de azúcar benefició grandemente la economía de la isla. La élite criolla que obtuvo los beneficios atraso el desarrollo de lo que después sería la rebelión criolla nacionalista en contra del yugo español. Muchos separatistas conservadores, viendo el poder español como esencial para el mantenimiento de la esclavitud y temiendo una rebelión de los esclavos, se mantuvieron leales a la Corona durante las guerras de independencia.

Sin embargo, para la segunda mitad del siglo XIX, los cubanos acaudalados comenzaron a sentirse resentidos con el dominio español y comenzaron a ser dependientes de Estados Unidos como mercado para sus productos. Algunos criollos conservadores dueños de plantaciones, sin ninguna intención de buscar la independencia total, buscaron la anexión a Estados Unidos como forma de ganar libertad económica y política mientras preservaban la esclavitud.

Por supuesto, es simplemente un hecho de la historia que motivaciones encontradas también definieron la lucha independentista en Irlanda, con el republicanismo genuino no siempre siendo la ideología prominente. Muchos de los lucharon en el Levantamiento de Pascua buscaban la libertad nacional más que la equidad que se alcanzó con la República. Algunos estuvieron más motivados por el deseo de luchar en contra la amenaza sindicalista al gobierno autónomo dentro del mismo imperio y en asegurar invaluable ganancias en relación con la posesión de la tierra.

Contrario a la idea popular de la Irlanda rural a principios del siglo XX, siendo habitada principalmente por campesinos, ciertas áreas habían sido pobladas, particularmente en los años posteriores a la hambruna, por burgueses conocidos como ganaderos. Estos eran frecuentemente hijos de granjeros arrendatarios que habían gradualmente acumulado tierras al hacer ofrecimientos a los propietarios granja por granja. La guerra por la tierra de 1906-1910 había aislado efectivamente a esos ganaderos del resto de la sociedad, quienes se rehusaban a participar en un sistema de ayuda mutua que era pilar del sistema de campesinos. Ansiosos por imitar los hábitos y las formas de los terratenientes ingleses, se les

percibía como un grupo distante y que ascendía socialmente, constituyendo algo como una nueva clase depredadora que deseaba adoptar una limitada forma de independencia nacional, en vez de convertirse en una República. Su influencia sería profunda en el recién formado Estado Irlandés.

No hay duda de que la Irlanda que llevó a cabo el Levantamiento de Pascua era un proyecto con una dinámica mezcla de los sueños de los idealistas, que tenían para la nueva Irlanda. De una forma similar, el movimiento organizado pro-independencia que surgió por la Guerra de Diez Años era un movimiento multirracial y multiclase con un carácter férreo. Sus líderes ya no eran miembros de la élite criolla, sino ciudadanos con orígenes sociales modestos.

Entonces, justo cuando la generación de irlandeses revolucionarios estaba inspirada de tantas maneras, al añorar el resurgimiento cultural, incluyendo a aquellos como Pádraig Pearse, una inspiración importante detrás de la independencia de Cuba era el poeta y reportero de clase media, José Martí, a quien se le refiere frecuentemente como el “Apóstol de la Revolución Cubana”.

En algún momento de 1894, Martí determinó que las condiciones de la isla eran las ideales para un nuevo intento de independencia. La situación económica era crítica como consecuencia de la cancelación del tratado de comercio con los Estados Unidos. Estaba claro que los muy proclamados planes de España para gobernar Cuba como cualquier otra provincia española eran meras “trampas para los crédulos”. La lucha comenzó el 24 de febrero de 1895 con varios levantamientos en el este de la isla.

Mucha de la vida adulta de Martí fue en el exilio, y fue durante estos años en Nueva York que conoció a Michael Davitt y a James Stuart Parnell. Estaba impresionado con los paralelos en la historia de Cuba e Irlanda, que era la experiencia compartida del colonialismo. Irlanda y los irlandeses se convirtieron en temas recurrentes en sus trabajos periodísticos, incluyendo la lucha por la independencia irlandesa y la contribución a dicha independencia de personas como Daniell O'Connell, Michael Davitt, Charles Stuart Parnell y Jeremiah O'Donovan Rossa. De hecho, ha sido muy significativa la contribución de Martí a nuestro entendimiento de una década compleja y fundacional en nuestra historia.

Al reflexionar sobre la naturaleza de la libertad, creo que es justo decir que tanto Irlanda y Cuba han experimentado un gran deseo de verdadera libertad que sólo puede ser alcanzada cuando una nación es capaz de desarrollarse sobre sus propias líneas, empoderada de estar, una vez más, apegada a su identidad y a las distintivas aspiraciones de su gente. En Irlanda como en Cuba, el reclamo de nuestra distintiva identidad cultural – incluyendo, para el pueblo de Irlanda, la preservación de nuestro idioma nacional – fue trascendental en nuestra independencia. Mucho del idealismo de 1916 fue inspirado por un resurgimiento dinámico cultural que busco desarrollar una nueva Irlanda con su distintiva cultura y patrimonio, pero también, para algunos, como el ejército de ciudadanos irlandeses de James Connolly, una Irlanda en la cual la libertad verdadera fuera entendida como una amplia visión social.

Esta amplia visión se encuentra en el corazón de la unión, aquí en Cuba, con culturas de África, Europa y la nativa de esta tierra, que han creado una dinámica

identidad nacional. De hecho, no sorprende el hecho de que el concepto de transculturización fue creado por un hijo de Cuba, el distinguido antropólogo Fernando Ortíz.

Los diversos elementos que han interactuado para producir la distintiva música, danza y artes orales de esta nación celebran un gran entendimiento de la importancia de que la cultura sea apoyada para evolucionar de acuerdo con el tiempo, lugar e historia, sin ningún hilo teniendo que ceder su identidad a otro. Este entendimiento ha sido crítico para reafirmar a Cuba como un espacio con su propia cultura e historia, independiente de su estatus como colonia española, y darle su lugar en el mundo.

Estimados amigos,

Hoy, la historia de los irlandeses en América Latina es el tema de un área de estudio que está emergiendo, no sólo en Irlanda, sino en toda Europa y América. Esta exposición, que consta de veintiséis paneles, habla de las proezas de irlandeses notables y figuras ligadas a Irlanda como William Lamport, Eliza Lynch y Roger Casement, y ha resonado por toda Latinoamérica, apoyando este conocimiento.

También espero que nos recuerde las sólidas bases sobre las cuales podemos seguir construyendo las relaciones entre Irlanda y América Latina. De hecho, no sólo estamos mirando hacia un futuro enraizado en una historia compartida, sino también edificado sobre una conciencia renovada de nuestra solidaridad.

De igual manera, esta exposición contribuirá a recordarnos las sólidas bases sobre las cuales podemos seguir construyendo las relaciones entre Irlanda y América Latina. De hecho, no sólo estamos mirando hacia un futuro enraizado en una historia compartida, sino en un mundo que respete su interdependencia.

Go raibh míle maith agaibh go léir. Muchísimas gracias.